

Juan de Urbietta

— Javier M. Sada. —

Uno de los más destacados hijos de Hernani, personaje relativamente desconocido, fue Juan de Urbietta, nacido en el siglo XVI.

Tal vez para mejor comprender el contexto en el que nació este hernaniarra, debemos centrar brevemente la situación de la Villa en aquella época: Los Reyes Católicos acababan de dar las primeras Ordenanzas Municipales a la Villa con las que, a partir de entonces, había de regirse, aunque el incendio provocado por el ejército francés en 1512 echó por tierra todos los planes previstos para el desarrollo económico, social y político del lugar.

Los franceses habían entrado en Guipúzcoa para apoyar a Navarra contra las tropas de Fernando el Católico.

En 1542 se reformaron las viejas normativas y se añadieron algunas otras, quedando fijado el Concejo de Hernani en un alcalde, dos regidores y un síndico procurador general.

En este siglo, y en los dos siguientes, Hernani tuvo que enfrentarse repetidas veces a los soldados franceses, llegando en diversas ocasiones a desplazar a sus hombres hasta la zona de Irún, lugar por el que habitualmente penetraban para preparar el asedio.

Y fue precisamente en estos años cuando Juan de Urbietta vino al mundo y desarrolló los hechos por los que ahora le recordamos en este comentario.

Cuentan que Joanes de Urbietta sirvió como criado en la Casa de los Artola, ubicada en lo que hoy conocemos como donostiarra barrio de Ategorrieta, antes de iniciarse en la carrera de las Armas, aunque es cierto que su nombre aparece en las páginas de la historia cuando lo vemos convertido en el soldado que hizo prisionero al Rey de Francia, Francisco I, en la Batalla de Pavía (Italia), el 24 de febrero de 1525.

Viajó con su real reo hasta Madrid y al regreso

de ambos, como más adelante se verá, pasó por San Sebastián donde, según la tradición, albergó a su acompañante en los calabozos de la fortaleza del Monte Urgull.

El doctor Camino nos relata los hechos de la forma siguiente: *“Fue caso ruidoso en Europa la prisión del Rey Francisco I de Francia en la acción de Pavía, ejecutada, entre otros, por Juan de Urbietta, natural de Hernani, como, además de las historias que lo refieren, consta por una certificación del mismo Rey Francisco dada a Urbietta. Habiéndose mantenido en Madrid, a donde fue trasladado el prisionero monarca, al fin se*

ajustó su rescate con Carlos V el año 1526, y antes que volviese a entrar en Francia estuvo detenido cinco días en San Sebastián bajo la custodia del Virrey de Nápoles quien entendiéndose con la Villa (de San Sebastián) mandó poner algunos hombres de resguardo en el muelle y puerta de Santa Ana (actual Subida al Castillo, junto a la Sociedad Gaztelubide), para que nadie subiese a la sierra del Castillo de la Mota, mientras el Rey estuviese en la dicha Villa”.



Hay dudas, no obstante, sobre si Francisco I permaneció en San Sebastián como prisionero o como huésped. Textos existen en los que se cita que no estuvo en los calabozos de Urgull sino que permaneció alojado en el Palacio de los Idiaquez, que a la sazón se encontraba en la calle Mayor, y en los que se dice que escuchaba Misa en una iglesia de la población, aunque “uno de los días fue obligado a escucharla en el oratorio de la casa donde se encontraba aposentado”.

Hubo polémica, y la sigue habiendo entre algunos historiadores, a la hora de concretar el protagonismo de Juan de Urbietta en el hecho bélico de la detención de Francisco I. Junto a él, se disputaban el hecho Diego de Avila, Alonso Pita y Juan de Aldana, si bien es cierto que las recompensas reales fueron para Urbietta y no para los demás personajes en litigio.



Juan de Oznayo, testigo de la batalla, dado que era paje del Marqués del Vasto, escribió que: *“Iba casi solo (Francisco I) cuando un arcabucero le mató el caballo, y yendo a caer con él, llegó un hombre darmas de la Compañía de don Diego de Mendoza, llamado Joanes de Urbietta, natural de la provincia de Guipúzcoa; y poniéndole el estoque al un costado por la escotadura del arnés, le dijo que se rindiese. El, viéndose en peligro de muerte, dijo: “La vida, que soy el Rey”. El guipuzcoano lo entendió, aunque era dicho en francés, y diciéndole que se rindiese, él dijo: “Yo me rindo al Emperador”. Y como esto dijo, el guipuzcoano alzó los ojos y vio cerca al alférez de su compañía que, cercado de franceses, estaba en peligro, porque le querían quitar el estandarte. El guipuzcoano, como buen soldado por socorrer su bandera, sin acuerdo ni pedir gaje o señal de rendido al Rey, dijo: “Si vos sois el Rey de Francia, hacedme una merced”. Y el Rey le dijo que se lo prometía. Entonces, el guipuzcoano, alzando la visera del almete, le mostró ser mellado que le faltaban dos dientes delanteros de la parte de arriba, y le dijo: “En esto me reconoceréis”, y dejándole en tierra la una pierna debajo del caballo, se fue a socorrer a su alférez, y hízolo tan bien, que con su llegada dejó el estandarte de ir a manos de los franceses”.*

Y parece que fue en este momento, cuando el Rey ya estaba hecho prisionero bajo palabra de honor, cuando aparecieron Diego de Avila, Alonso Pita y Juan de Aldana, de forma y manera que al acercarse al Monarca, éste les dijo que ya había sido hecho prisionero por Juan de Urbietta y que sólo a él le entregaría el estoque ensangrentado como prenda de sumisión.

Esta captura le hizo merecedor del grado de Capitán de Carlos I, de un escudo parlante de campo verde (el río Tesino pintado con las ondas del mar, un medio caballo blanco con una flor de lis coronada

en el pecho, freno y riendas coloradas y caídas, más un brazo armado con estoque lanzado arriba), ser nombrado Continuo de Su Majestad y pertenecer como Caballero a la Orden de Santiago, tomando el hábito correspondiente.

Tal vez, y siquiera como curiosidad que puede añadir interés histórico al presente trabajo, merece la pena recordar la palabra “arcabucero” que ha sido descrita en el texto que se acaba de citar referente a Juan de Urbietta. Está documentado que la mayoría de los arcabuces utilizados por las tropas al servicio del Rey Carlos I de España y Emperador Carlos V de Alemania fueron forjadas, principalmente, en la zona del río Deba, destacando la fragua de Martín Ibañez de Unamuno, cuyas armas por él trabajadas colaboraron de forma importante a la victoria de los soldados que las utilizaban.

Y siguiendo con nuestro personaje, en 1548 aparece como colaborador del Comendador Villaturiel en la reconstrucción de las fortificaciones de San Sebastián, ya referentes a la muralla que rodeaba la población, ya a las instalaciones de la fortaleza de Urgull.



Juan de Urbietta, según comenta el doctor Ysasti en su “Compendio historial de Guipúzcoa”, tuvo capilla propia, en el claustro de la iglesia de Santa María de la capital guipuzcoana, y también se dice que murió en San Sebastián, aunque las versiones más fia-

bles nos hablan de su Villa natal, Hernani, como lugar en el que falleció el 23 de Agosto de 1553.

Fue enterrado al pie del prebisterio de la iglesia parroquial de la citada Villa guipuzcoana.

Dos siglos más tarde, durante la Guerra de la Independencia (1813), sus restos fueron ultrajados por los soldados de la patria de Francisco I, como revancha, precisamente, por haber sido quien detuviera al Monarca francés. □